

Tibulo dijo:

Pavit et Admeti tauros formosus Apollo,

y en el verso 28:

Nempe amor in parva te iubet esse casa;

y Ovidio escribió:

Cynthus Admeti vaccas pavisse Pheraei
Fertur, et in parva delituisse casa.

Quidquid erat medicae vicerat artis Amor.—

Apolo, en la leyenda griega, fué considerado como el padre de Asclepios ó de Esculapio, y como tal, llamado el padre de la medicina, porque el calor del sol puede preservarnos de todo género de enfermedades.

Los latinos aceptaron la tradición griega, y por eso Ovidio, en las *Metamorfosis*, Libro I, 521, dijo:

Inventum medicina meum est; opiferaeque per orbem
Dicor et herbarum subiecta potentia nobis
Hei mihi! quod nullis amor est medicabilis herbis:
Nec prosum domino, quae prosunt omnibus artes.

En la *Heroida V* dijo también el mismo Ovidio:

Me miseram, quod amor non est medicabilis herbis
Deficior prudens artis ab arte mea.

Dicitur occurrens erubuisse soror.—La hermana

de Apolo, hija como él de Latona y de Júpiter, fué Diana, la Artemis de los griegos. Según los Himnos Homéricos, Diana no nació en Delos al mismo tiempo que Apolo, sino en la Ortigia, y Teognis y Calímaco hablan de Delos como si allí hubiese nacido Apolo únicamente; pero Píndaro y Arriano dan otra versión, conforme á la cual, Apolo y Diana fueron gemelos y Latona los dió á luz á los dos en Delos, bajo de un olivo.

Respecto de Diana, Catulo dijo, XXXIV, 5 á 8:

O Latonia, maximi
Magna progenis Iovis,
Quam mater prope Deliam
Deposivit olivam.

Diana era para los griegos la diosa de los montes «*montium domina*,» y para los romanos más bien la diosa de los bosques; «*silvarum potens*,» como la llamó Horacio en el *Carmen Secular*, ó «*memorum cultrix*,» como la llamó Virgilio en la *Eneida*, Libro IX, 557.

Servio dijo por eso en su *Comentario á las Geórgicas*, III, 332: «*Omnis quercus Iovi est consecrata, et omnis lucus Dianae.*»

Diana fué también identificada con Juno Lucina, como Ilitia con Artemis.

Catulo dijo: «*Tu Lucina dolentibus Iuno dicta puerperis*,» y Horacio: «*Virgo, quae laborantes utero puellas ter vocata audes.*»

Varrón, en su Tratado de la Lengua Latina, verso 69: «Quae (Diana) ideo quoque videtur ab Latinis Iuno Lucina dicta vel quod et ea terra, ut Physici dicunt, et lucet; vel quod ab luce eius qua quis conceptus est usque ad eam qua partua quis in lucem, luna iuvat, donec mensibus actis produxit in lucem ficta a iuvando et luce Iuno Lucina: a quo parientes eam invocant, luna enim nascentium dux quod menses huius.»

Cicerón, todavía en su libro De Natura Deorum, II, 67, agregó: «Dianam et Lunam eandem esse putant. . . quia Luna a lucendo nominata sit; eadem est enim Lucina. Itaque ut apud Graecos Dianam eamque Luciferam, sic apud nos Iunonem Lucinam in pariendo invocant, quae eadem Diana omnivaga dicitur.»

Diana era llamada *Titianis Trivia*, porque, como dijo Macrobio, Saturnales, I, 9, 6: «Dianae ut Triviae viarum omnium tribuunt potestatem.»

Varrón, Lengua Latina, VII, 16: «Titanis Trivia Diana est, ab eo dicta Trivia, quod in trivio ponitur fere in oppidis Graecis, vel quod luna dicitur esse, quae in caelo tribus viis movetur in altitudinem et latitudinem et longitudinem.»

Ligdamo llamó á Diana Latonia Luna, esto es, Luna, hija de Latona, en la Elegía IV, Libro III, de las Seudo-Tibulianas.

En las Notas á la Elegía IV del Libro I, hemos hecho constar que Dictynna era otro de los nombres

de Diana, y que ese nombre le fué dado, tanto por Tibulo mismo, como por Ovidio en las Metamorfosis y los Fastos, y por Estacio en la Tebaida.

Quos admirata est ipsa noverca prius.—Juno, la esposa legítima de Júpiter, es llamada madrastra de Apolo y de Diana. Sabido es que Juno jamás llegó á dar muestras de afecto á los hijos bastardos de Júpiter, y, sin embargo, es de notar que fué tal la belleza de la cabellera de Apolo, que hasta su misma madrastra la admiró.

Delos ubi nunc, Phoebe tua est, ubi Delphica Pytho.—Delos es una isla que pertenece á las Cícladas. Estrabón, en el Libro X de su Geografía, dice que, á pesar de su pequeñez, Delos, desde la más remota antigüedad y á partir de los tiempos heroicos, ha sido muy honrada, á causa de las divinidades Apolo y Diana; pues según los mitólogos, Latona dió allí á luz á Apolo y á Diana. Píndaro refiere que en otro tiempo, Delos flotaba á merced de las olas y de los vientos; pero que, apenas hubo llegado á ella la hija de Zeus, estimulada por los dolores del parto, cuando súbitamente se elevaron del fondo del abismo, y sobre sólidos cimientos, cuatro columnas, que para siempre fijaron en su lugar la áspera roca, donde la feliz progenie salió del seno maternal.

Cicerón, en el 1.º y 5.º discursos, párrafos XVIII y LXXII, pronunciados durante la segunda acción contra Verres, habla de los robos sagrados cometidos

por éste en Delos, pues despojó el célebre templo de Apolo de las estatuas de Latona, Diana y Apolo.

Delfos era una ciudad de la Fócida, según Pausanias, tomo V, pág. 293 y siguientes, que, construida por Parnaso, tomó su nombre de Delphus, hijo; según unos, de Apolo y de Celeno, hija de Hyamus, y según otros, de Apolo y de Thyia, que fué la primera sacerdotiza de Baco que celebró las orgías de este dios; ó de Apolo y Melené, hija de Cefiso.

Según el mismo Pausanias, los habitantes de los alrededores le dieron á la ciudad el nombre de Pytho, además del de Delfos. Dicen algunos escritores que Pythos era hijo de Delfos, y que en la época en que fué rey de esta ciudad le dió su nombre. Sin embargo, la tradición más digna de crédito es que Delfos tomó ese nombre por haber matado allí Apolo, á flechazos, á Pytho, á quien los poetas consideran como una gran serpiente que la Tierra había consagrado para cuidar su oráculo. Se dice también que Crio, que reinaba en la Eubea, tenía un hijo muy perverso que robó el templo de Apolo, y que, como pretendió atacar á Delfos, por segunda vez los habitantes de la ciudad le suplicaron á Apolo que apartase de ellos los males que los amenazaban, y Temondé, que era entonces la profetiza, les respondió: «Febo lanzará una flecha contra el bandido que infesta el Parnaso; los Cretenses lo purificarán de esta muerte, y su renombre no perecerá nunca.»

At mihi laeta trahant Samiae convivia testae.— Samos era una isla situada no lejos de las costas de Jonia y opuesta á Éfeso, famosa por sus utensilios de barro.

Plinio el Naturalista, en el Libro XXXV, Capítulo XLVI, dijo: «Maior pars hominum terrenis utitur vasis; Samia etiamnum in esculentis landantur.»

Fivlaque Cumana lubrica terra rota.— Cumas fué una antigua ciudad de la costa de Campania, la cual llegó á ser célebre en la época de Augusto por sus utensilios hechos con barro rojo, como siempre lo había sido por el lino que producía, y que se empleaba, por su resistencia, para fabricar redes de caza.

Plinio, en el Libro XXXV, 42, habla del cemento de Cumas, que se mezclaba á la tierra de las colinas de Pouzzole para formar una piedra que no podía atacar el agua del mar, y en el Libro XIX, 2, se refiere al lino, haciendo notar que, á pesar de ser tan fino, era por extremo resistente, pues cuerdas que pasaban por un anillo se usaban para coger jabalíes.

Horacio habla del barro de Cumas, cuando en la Sátira VI del Libro I, y en la III del Libro II, dijo:

adstat echinus

Vilis, cum patera guttus, Campana supellex.

Campana solitus trulla vappamque profestis.

Marcial, en su epigrama 114, del Libro XIV, dijo:

Hanc tibi Cumano rubicundam pulvere testam,
Municipem misit casta Sibylla suam.

Illa gerat vestes tenues, quas femina Coa texuit.
—Cos fué una pequeña isla del mar Egeo, famosa por las telas transparentes que allí se tejían, y que eran el encanto de las mujeres elegantes de Roma.

La isla recibió diversos nombres: Merope, según varios autores; Cea, según Estafilo; Meropis, según Dionisio, y después, Ninfea.

Plinio explica el origen de las telas de Cos, en los siguientes términos:

«Hay otra oruga, cuyo origen es distinto; proviene de un gusano grande, que tiene dos cuernecillos prominentes, y que primero se convierte en oruga, después en lo que se llama *bombylius*; de allí en *ne-cydaus*, y á los seis meses en *bombyx* ó gusano de seda. A la manera de las arañas, estos animales forman una tela, con la cual se hace un vestido lujoso para las mujeres, que se llama *bombycina*. El arte de hilar y tejer esta tela fué primero inventado en la isla de Cos por Pánfila, hija de Latona, á quien no debe privarse de la gloria de haber escogitado un vestido, con el cual las mujeres fuesen como desnudas.»

Solis et admotis inficit ignis equis.—Este hermoso verso recuerda el de Propercio, en la Elegía XIII, del Libro III, verso 16: *Quos Aurora suis rubra colorat equis.*

Africa puniceum purpureumque Tyros.—La púrpura fué un color que estuvo muy en boga en la antigüedad. Los romanos, en su principio, según Cornelio Nepote, usaban una púrpura violácea de Tarento, que costaba 100 dineros la libra, y más tarde fué reemplazada por la púrpura de Tiro, extraída del *murex*, y cuyo costo era diez veces mayor. El primero que tiñó la pretexto con esta púrpura, y tuvo que sufrir las críticas que se le hicieron, fué P. Lentulo Espinter, edil curul.

El color *puniceus* se producía en las costas de África, y era de origen vegetal y no animal, como la púrpura de Tiro, pues se extraía del «quercus cocifer» y se formaba el *coccus* ó *kermes* vegetal, como lo llamaron los Árabes.

Los poetas latinos cuidaron siempre de distinguir las dos variedades de púrpura.

Lucrecio, antes que Tibulo, había dicho, II, 833:

Ut fit, ubi in parvas parteis discrepatur aurum
Purpura, puniceusque color clarissimo multo.

Barbara Gypsatos ferre catasta pedes.—Los esclavos, que eran importados del extranjero, se vendían en Roma con los pies blanqueados con creta.

Plinio, en el Libro XXXV, 58, dice: «Est et vilissima (creta) qua circum praeducere ad victoriae notam pedesque venalitorum trans mare advectorum denotare instituerunt maiores.»

Por eso Juvenal dijo, I, III:

Nuper in hanc urbem predibus qui venerat albis.

Et tu, Bacche tener, iucundae consilor uvae.—
Baco, como dice Broukhusio, ha sido casi siempre pintado por los artistas como enormemente obeso y con un ombligo saliente, á pesar de que los antiguos hicieron de él un joven tierno, grácil y de rostro infantil. Esto explica el epíteto *tener*, que emplea Tibulo al hablar de Baco, y lo que de él dijo Ovidio, en el Libro IV de las Metamorfosis, 17:

tibi enim inconsumpta iuventa est
tu puer aeternus, tu formosissimus alto
conspiceris caelo, tibi, cum sine cornibus adstas,
virgineum caput est.

Heu miserum, laxam quid iuvam esse togam.—
Ya hemos hablado en el comentario de la Elegía VI del Libro I, de las togas de pliegues amplios y flotantes, que llevaban en Roma los jóvenes elegantes.



LIBRO II.—ELEGÍA IV.

Esta Elegía es una de las muy pocas que escaparon á los cambios y trasposiciones que Escalígero introdujo, y tal vez por eso, los demás que han colacionado los M. SS. de Tibulo han respetado el orden establecido por ellos. Esta Elegía se distingue de todas las demás, por el cambio de sentimientos de que Tibulo da muestra, pues si como un esclavo execra la servidumbre dura en que se encuentra, acaba por perdonar la avaricia de Nemesis, causa y razón de su cautiverio. Esta Elegía, más que otra cualquiera, justifica el elogio que de Tibulo hizo Juan Bautista Pío:

«Princeps elegorum poetarum est dubio procul Al. Tibullus, quia vere amantem agit. Modo superbit, modo supplicat; annuit, renuit; minatur, intercedit; dedignatur, devovet, orat; inconstans est, quod voluit non vult, quod optavit, refugit; secum dissidens, ut in vera Cupidinis rota circumagi credas.»

Nunc et amara dies et noctis amarior umbra est.
—No se ha podido expresar mejor cuán acerbos son los dolores que engendra la ingratitud; si amargos son los días, más amargas aún son las noches.

Ovidio, en la Heroida XIII, verso 104 y siguientes, dijo:

Tu mihi luce dolor, tu mihi nocte, veni;
Nocte tamen, quam luce magis.

Propertio, en la Elegía I del Libro I, 33, dijo también:

In me nostra Venus noctes exercet amaras.

Illa cava pretium flagitat usque manu.—Tibulo ha querido dar una idea de la avaricia de Nemesis, y no se conformó con decir que no daba oído á sus canciones de amor, sino que siempre ofrecía su mano ahuecada, como para recibir el mayor precio posible.

Propertio, en la Elegía V del Libro IV, versos 54 y siguientes, expresó esta misma idea:

Aurum spectato, non quae manus adferat aurum.
Versibus auditis quid nisi verba feres?
Qui versus, Coae dederit nec munera vestis,
Istius tibi sit surda sine aere lyra.

O pereat quicumque legit virides smaragdos.—Ya antes, en la Elegía I del Libro I, habla emitido Tibulo la misma idea, cuando dijo: «O quantum est auri pereat potiusque smaragdi.»

Los antiguos simbolizaban la riqueza en las piedras preciosas, y si estimaban, según Plinio, que el

diamante era entre todas las cosas humanas la que alcanzaba mayor precio, y después las perlas de la India y de la Arabia, el tercer lugar correspondía á las esmeraldas. Explicando el mismo Plinio la razón de la preferencia que se daba á la esmeralda, dice: «Nullius coloris aspectus iucundior est. Nam herbas quoque virentes frondesque avidè spectamus: smaragdos vero tanto libentius, quoniam nihil omnino viridius comparatum illis viret.»

Et e rubro lucida concha mari.—Tibulo se refiere á las perlas del mar Rojo, que eran consideradas como las mejores: «Et in candore ipso magna differentia: clarior in rubro mari repertis.» En la Elegía II á Sulpicia, del Libro IV de las pseudo-tibulianas, el epíteto *ruber* se aplica á las costas del mar Rojo, al hablar también de las perlas que allí se recogían:

Et quascumque niger rubro de litore gemmas
proximus Eois colligit Indus aquis.

El lujo de las romanas había hecho de las perlas uno de los principales objetos de adorno, y no sólo las llevaban en las manos y en las orejas, sino también en el calzado.

Plinio, Libro IX, LVI, cuenta lo siguiente:

«Hos digitis suspendere, et binos ac ternos auribus, feminarum gloria est. Subeunt luxuriae eius nomina, et taedia, exquisita perditio nepotatu: siquidem quum id fecere, crotalia appellant, seu sono quo-

que gaudeant et collisu ipso margaritarum: affectantque iam et pauperes, lictorem feminae in publico unionem esse dictitantes. Quin et pedibus nec crepidarum tantum obstragulis, sed totis socculis addunt: neque enim gestare iam margaritas, nisi calcent, ac per uniones etiam ambulent, satis est.»

Et canis ipse tacet.—Nada puede dar mejor idea del poder del oro; porque no sólo el guardián puede ser fácilmente vencido y pueden quedar abiertas todas las puertas, sino que el perro mismo calla.

Mr. Walter K. Kelly, en su traducción de Tibulo, cita con este motivo un conocido epigrama, aunque sin dar el nombre del autor, que no fué otro sino J. du Bellay, y que se refiere á un perro que, si sabía ladrar á los ladrones, era mudo para con los amantes, porque de ese modo agradaba á su amo y á su dueña:

Latratu fures excepi, mutus amantes:
Sic placui domino, sic placui dominae.

Ite sub imperium sub titulumque, Lares.—Estas expresiones jurídicas se refieren á la venta de los bienes de un deudor insolvente, que podía ser exigida por el acreedor, y los cuales bienes quedaban á disposición del pretor y se inscribían en la lista de las propiedades destinadas á la venta. Se llamaba *titulus* al anuncio de la venta.

Quidquid habet Circe, quidquid Medea veneni.—Nadie puede ignorar la historia de Circe, la terrible

hechicera, hija del Día y de la Noche, ó sea del Sol y de la Luna.

Según Diodoro de Sicilia, Libro IV, XLV, Circe fué hija de Hécate y de Etes, y hermana de Medea: «Circe, dice, consagrada al estudio de los venenos de toda especie, descubrió diversas raíces y sus increíbles propiedades. Aprendió de Hécate, su madre, muchos secretos; pero tal vez descubrió más debido á su propia sagacidad, pues no le cedía á nadie en el arte de preparar venenos. Como fué dada en matrimonio al rey de los Sarmatas, que algunos llaman Escitas, envenenó á su marido, se apoderó en seguida de su corona y trató á sus súbditos con crueldad excesiva. Debido á esto fué arrojada del reino, y según la opinión de algunos mitólogos, se refugió del lado del Océano y se estableció en una isla desierta, con las mujeres que en su fuga la acompañaron, y según algunos historiadores, fué á habitar un promontorio de Italia, que lleva hoy el nombre de «*Circeum*.»

Á pesar de que Virgilio dijo en la Égloga VIII: *Carminibus Circe socios mutavit Ulixi*, es muy conocido el episodio que Homero refiere en el Canto X de la Odisea, quien dice que la hechicera Circe mezcló con vino de Pramnios, queso, harina y miel dulce, y poniéndole al pan algunos venenos, se los dió á tomar á los compañeros de Ulises y los convirtió en cerdos.

En el Canto XIV de las Metamorfosis de Ovidio, la misma Circe, enamorada de Glauco, convierte á Scila, á quien él había preferido, en un monstruo marino, vertiendo con sus venenos gérmenes horribles en el fondo del mar, donde ella se complacía en hallar dulce reposo.

Et herbarum Thessala terra gerit.—Las tierras de Tesalia, como las del Ponto de que habla Virgilio en la Égloga VIII, tenían entre los poetas la reputación de poseer todas las hierbas que se usaban para los encantamientos.

Por eso Lucano, en la Farsalia, Canto VI, verso 458, dijo:

Thessala quin etiam tellus herbasque nocentes
Rupibus ingenuit.

Hippomanes cupidae stillat ab inguine equae.—Tanto los poetas como los críticos han tenido varias opiniones acerca de este misterioso ingrediente, de que hacían uso las hechiceras cuando querían inspirar una pasión violenta y amorosa.

Aristóteles y Píndaro, en su Idilio II, verso 48, mencionan con el nombre de hipomanes una planta que se usaba mucho en los encantamientos, y cuyo olor volvía locos á los que lo aspiraban.

Según Plinio, VIII, es una substancia que el pollino trae al nacer en la frente, del tamaño de un hi-

go y de un color negro, y que la madre misma devora después de haber parido.

Según Tibulo, es el humor que destilan las yeguas en brama, opinión que compartió Propercio cuando dijo, IV, 5, 18: «Hippomanes fetae semina legit equae,» y además Virgilio, cuando dijo en las Geórgicas, III, 280 y 281:

Hic demum hippomanes vero quod nomine dicunt
Pastores, lentum destillat ab inguine virus;
Hippomanes, quod saepe malae legere novercae,
Miscueruntque herbas et non innoxia verba.

Juvenal, hablando de los excesos de la mujer de Claudio, dice:

Hippomanes carmenque loquar, coitumque venenum,
Privignoque datum?

LIBRO II.—ELEGÍA V.

Tibulo escribió esta Elegía para celebrar el nomenclamiento de uno de los hijos de Mesala, tal vez el

mayor, Marco Valerio Mesalino, como miembro del colegio de los Quincecenviros, á quienes estaba confiada la custodia de los libros Sibilinos.

M. Valerio Mesala tuvo dos hijos: M. Valerio Mesalino, que fué Cónsul en unión de Cn. Cornelio Lentulo, y Lucio, que también fué Cónsul en unión de Cn. Cornelio Cinna Magnus. Acerca del primero habla Tácito en sus Anales en términos lisonjeros: «Valerius Messalinus cui parens Messalla, ineratque imago paternae facundiae,» y el segundo, que se llamó L. Aurelio Cotta Voluso, por haber sido adoptado por la familia Aurelia y que más tarde, muerto su hermano, se llamó también Mesalino y que fué el amigo de Ovidio, á quien éste dirigió dos de sus cartas escritas en el Ponto.

Novus ingreditur tua templa sacerdos.—El templo de Apolo, donde Mesalino entra, no puede ser otro que el que según Suetonio (Vida de Octavio, 29) y Dion Casio, LIII, I, Augusto dedicó el año de Roma 726 en honor de Apolo, sobre el Palatino, para conmemorar la victoria de Accio.

Después que Augusto mandó quemar todos los libros de profecías que no gozaban de gran autoridad, trató de conservar los versos Sibilinos, que se habían llevado á Roma después del incendio del templo de Júpiter Capitolino, é hizo que se colocaran en dos cajas de oro en el templo del Palatino.

El número de las personas á quienes en su origen

se confió la guarda de los Libros Sibilinos, fué de dos: *duumviri sacrorum* ó *duumviri libris adeundis*, y por virtud de un edicto de los tribunales, se elevó á diez en el año de 368 (A. de C.), y á quince durante la dictadura de Sila.

Qualem te memorant Saturno rege fugato.—Los poetas latinos quisieron identificar á Saturno con Kronos. Kronos, en la mitología griega, fué el más joven y el jefe de los Titanes, quienes, después de haber vencido y mutilado á su padre Urano, fueron á su vez vencidos por sus hijos, los Kronidas, encabezados por Zeus. Zeus y los Kronidas, para reinar, tuvieron que sostener tres luchas terribles: la primera contra los Gigantes, la segunda contra el monstruo Tifón y la tercera contra Aloidas, Oto y Efialtes.

Horacio, en las Odas I y IV del Libro III, habla tan sólo de la primera y de la segunda de estas luchas, y Tibulo en esta Elegía, y Séneca en la tragedia Agamenón, se refieren á las victorias obtenidas contra Kronos y los Titanes.

Saturno, entre los pueblos del Lacio, tal como lo presenta Virgilio en la Eneida, Libro VIII, versos 314 á 355, no hab'a sido más que el dios de la agricultura, el que enseñó al hombre á arar la tierra, y quien se estableció á las orillas del Tíber, en la colina llamada Saturnia.

Victori laudes concinuisse Iovi.—Tibulo representa á Apolo cantando la victoria de Júpiter contra

los Gigantes, y así hablaron de él también Horacio, en la Oda IV del Libro II ya citada, y Séneca, en Agamenón.

Tibi deditus augur . . .—Á partir de este verso, enumera Tibulo las cuatro diversas especies de vaticinios: *augurium*, *sortes*, *haruspicina* y *libri Sibyllini*, esto es, el vuelo de las aves, las suertes, las entrañas de las víctimas y los Libros Sibilinos.

Mr. Martinón censura á Heyne que hubiera tomado *sortes* en el sentido de oráculo; porque esa palabra no puede tener otro significado que el que tiene en la Elegía III del Libro I: *Illa sacras pueri sortes ter sustulit*.

Mr. Martinón no está en lo justo, y su error consiste en creer, y esto no es verdad, que las únicas *sortes* eran las Prenestinas, que eran las más célebres, y de las que habla Cicerón en su tratado De Divinatione, Libro II, Capítulo XLI. Las *sortes* eran oráculos que se tomaban escritos sobre tablitas en los templos de alguna divinidad, como en el de la *Fortuna Primigenia*, y que un muchacho escogía echando la suerte. Cuando alguien quería consultar á la divinidad del templo, comenzaba por ganarse su buena voluntad por medio de dones ó sacrificios; el muchacho mezclaba las *sortes* y después extraía una. Así cuenta Suetonio que Tiberio, *sorte tracta*, interrogó al oráculo de Gerión, cerca de Padua. Por otra parte, Mommsen dice que se han encontrado muchas

tablitas de bronce que se empleaban como *sortes*, y en las cuales los oráculos estaban escritos en hexámetros como los siguientes:

*«lactus lubens petito: dabitur, gaudebis semper
«de incerto certa ne fiant si sapís caveas.»*

Te duce Romanos nunquam frustata Sibylla.—Las Sibilas eran sacerdotizas de Apolo, y parece que el número de esas profetizas fué grande. Según Varrón eran diez, y á lo que parece hizo dos Sibilas de una sola. Tibulo, en esta Elegía, lo mismo que Virgilio, Eneida III, verso 441, han confundido á la Sibila de Eritrea con la de Cumas, atribuyéndole á ésta los consejos dados á Eneas.

Dionísio de Halicarnaso, en sus Antigüedades Romanas, dice que fué la Sibila de Eritrea la que aconsejó á Eneas que hiciese velas hacia el Occidente, y le dió la predicción relativa al término de sus viajes. Según Heyne, en su *Excursus V* al Libro VI de la Eneida, el error provino sin duda de que la Sibila de Eritrea, llamada así por la ciudad de Eritres de la Jonia, fué llamada también Cumana por la ciudad de Cyma ó Cume, situada en la Eolia; pero es preciso no poner en olvido que la Sibila de Cumas de la Campania, la que vendió á Tarquino Prisco según unos, ó Tarquino el Soberbio según otros, los *Fata urbis Romae*, fué mucho menos antigua.

Dicitur et raplos sustinuisse Lares.—Dos veces

en esta Elegía confunde Tibulo los Lares con los Penates, cuando repite: «*Iam vocat errantes hospita terra Lares.*» En esta confusión no incurrió Virgilio cuando dijo, Eneida, Libro I, 68: *Illium in Italiam portans victosque Penates*; en la Eneida, Libro I, verso 378: *Sum pius Aeneas raptos qui ex hoste Penates*, y cuando repitió en el Libro II, verso 293: *Sacra suosque tibi commendat Troia Penates*. Los Lares eran los dioses del hogar y de la familia, y los Penates eran los dioses del país.

Sin embargo, son muchos los escritores que han ignorado la diferencia entre los Lares y los Penates. Dionisio de Halicarnaso, en su obra ya citada, Libro I, Capítulo XV, XI, dice: «Estos dioses eran llamados Penates por los romanos, y en Grecia, interpretando su nombre, se les llamaba dioses paternos, ó tutelares, dioses natales, porque presidían el nacimiento, ó de las posesiones ó del interior de las casas, ó dioses secretos y ocultos. Otros todavía los llaman dioses del hogar ó defensores. Parece que no les han dado todos estos nombres sino para señalar sus diferentes cualidades ó propiedades, ó lo que es lo mismo, que se puede decir que no han expresado más que la misma cosa, bajo diversos nombres.»

Sed tunc pascebant herbosa Palatia vaccae.—Ovidio imitó este pasaje en el Libro I, versos 943 y 43 de los Fastos, cuando dijo:

Hic ubi nunc Roma est, incaedua silva virebat,
Tantaque res paucis pascua bubus erat.

Palatia es el Monte Palatino, como *Iovis arce* es el Capitolio.

At qua Velabri regio patet.—El Velabro era una llanura situada al pie del Aventino, entre el Capitolio y el Palatino, que los desbordamientos del Tiber inundaban con frecuencia, y sobre la cual, sólo podía pasarse en un pequeño bote ó barco. Esta llanura fué desecada cuando los reyes construyeron las cloacas de la ciudad. Debido á esta circunstancia, las aguas del Velabro fueron llamadas «urbanas» por Propertio, V, 9, 16, «*navita per urbanas velificabat aquas,*» y Ovidio decía, Fastos, VI, 405 y 406: «*Qua Velabra solent in circum ducere pompas nil praeter salices casaque canna fuit.*»

Varrón, en su Tratado de la Lengua Latina, V, 43 y 44, explicando el origen del nombre Aventino, dice: «Ego maxime puto, quod ab advectu; nam olim paludibus mons erat ab reliquis disclusus, itaque eo ex urbe advehebantur ratibus: quous vestigia, quod ea, quantum vehebantur, etiam nunc dicitur *Velabrum*, et unde escendebant, ad infumam novam viam locus sacellum *Velabrum*,» «*Velabrum* a rehendo.»

Iam tibi Laurentes adsignat Iuppiter agros.—El poeta habla del desembarco de los Troyanos en Laurento, ciudad del litoral situada entre Ostia y Lavinio.

Al hablar Dionisio de Halicarnaso del término del viaje de Eneas, en el Capítulo XI, XXII, dice: «En fin, llegaron á Laurento, en Italia, y allí levantaron unos parapetos, como si allí fuese el fin de su viaje. El lugar donde ellos acamparon, recibió desde entonces el nombre de Troya. Está este lugar á cuatro estadios del mar.»

Illic sanctus eris cum te veneranda Numici unda.
—El Numico ó Numicio, era un riachuelo que corresponde al río de Turno ó al Torto. Era un río consagrado á Vesta y á los dioses Penates de Lavinio. Como en las aguas de ese río se ha purificado Eneas de toda mancha mortal hasta hacerse un dios, ó subir directamente al cielo, Ovidio pudo decir en sus *Metamorfosis*, XIV, 602: «*Quidquid in Aenea fuerat mortale, repurgat, et respersit aquis.*»

Á la orilla del Numicio se levantó un pequeño templo donde Eneas era adorado bajo el nombre de *pater* ó *Iuppiter Indiges*.

Según Tito Livio, Libro I, II, Eneas fué sepultado á orillas del Numicio, y se le llamó *Iuppiter Indiges*.

«*Situs est, quemcumque eum dici ius fasque est super Numicium flumen, Iovem Indigetem appellant.*»

Ecce mihi lucent Rutulis incendia castris.—Los comentadores no han podido explicarse lo que Tibulo quiso decir en este pasaje, cuando la Sibila refiere

que ve un incendio en el campamento de los Rútulos. Algunos han recordado la leyenda, según la cual, las naves de los Troyanos fueron incendiadas por Turno; pero entonces suponen que la Sibila debió ver las antorchas de los que iban á incendiar dichas naves; pero no un incendio en el campamento de los Rútulos; y otros, como Heyne, suponen que el poeta alude á una antigua tradición, perdida hoy, conforme á la cual, Eneas hubiera provocado un incendio en los campamentos de los Rútulos.

Iam tibi praedico, barbave Turne, necem.—Según la tradición, que Tibulo acepta, Turno fué matado por el mismo Eneas; pero no es esto lo que refieren Tito Livio, I, II, y Dionisio de Halicarnaso, pues según ellos, Turno se refugia cerca de Mizencio, rey de Ceres, para combatir junto contra los Troyanos.

Ante oculos Laurens Castrum.—La Ciudad fundada por Eneas, como ya se dice, se llamó Troya; pero Tibulo, lo mismo que Virgilio, la designan con el nombre de *Laurens Castrum*. Virgilio, en la Eneida, Libro X, verso 635, dijo: «*et Laurentia castra petivit.*» Fundándose en esta designación, Servio, comentando el pasaje del Libro IX de la Eneida, verso 8, en el cual llama simplemente «*urbs,*» como lo hicieron después en el verso 48 del propio Libro, dice: «*hunc «Castrum Laurens» ait dici Varro.*»

Murusque Lavini est Albaque ab Ascanio condita longa, duce.—Lavinio fué la ciudad fundada por